

# El caso de “Sorprendida”

Elizabeth Cañas Rodríguez

Periodista y Filóloga Hispanista, [elizabeth.canas@udea.edu.co](mailto:elizabeth.canas@udea.edu.co)

El pedazo de *dulce abrigo* doblado cuidadosamente que sacó de un libro es el inicio de esta historia y le recuerda a su dueño, que un trapo como este determinó su infortunio como estudiante. Ese hábito de limpiar donde se va a sentar lo tiene desde niño, aun en su trabajo como Rector de las Escuelas Anexas del Corregimiento de Labores.

La costumbre la heredó de su abuela Inés y le hizo sospechoso de la muerte de “Sorprendida”, ocurrida el martes 14 de noviembre de 1981, cuando varios encapuchados prendieron fuego a un carro que pasaba frente a la Portería Barranquilla de la Universidad de Antioquia, en protesta por la visita a Colombia de George Bush, entonces vicepresidente de Estados Unidos y como parte de los actos preparatorios al paro cívico nacional programado para una semana después en el país.

El paño rojo y su camiseta blanca puesta al revés ese día, pese a su manía por el orden, así como unos papeles recogidos en las cafeterías con mensajes de protesta que había rayado como solía hacerlo con todo papel que llegaba a sus manos a modo de uso nemotécnico, se convirtieron en las evidencias que hicieron a Óscar Patiño Jiménez pasar siete meses en la cárcel y estar incluido entre los nueve estudiantes de la Alma Máter involucrados en los sucesos, según la justicia penal militar.

“El trapo —decían los soldados—, me servía para cubrirme la cara, por las hojas rayadas me implicaron como el que armaba las bombas y de la camiseta que usaba por mi condición de atleta y juez en esa disciplina, argumentaron que me la puse desesperadamente al revés”. También tuvieron en cuenta para calificarlo como sospechoso, su pelo largo y oscuro, el mismo que alguna vez le sirvió para hacer de Jesucristo en procesiones en vivo en Amagá y que, al mismo tiempo de asemejarle a la figura sacra, le daba en la Universidad ese aire de estudiante revoltoso, inquieto y activista pero no militante, menos aún, metido en asuntos bélicos.

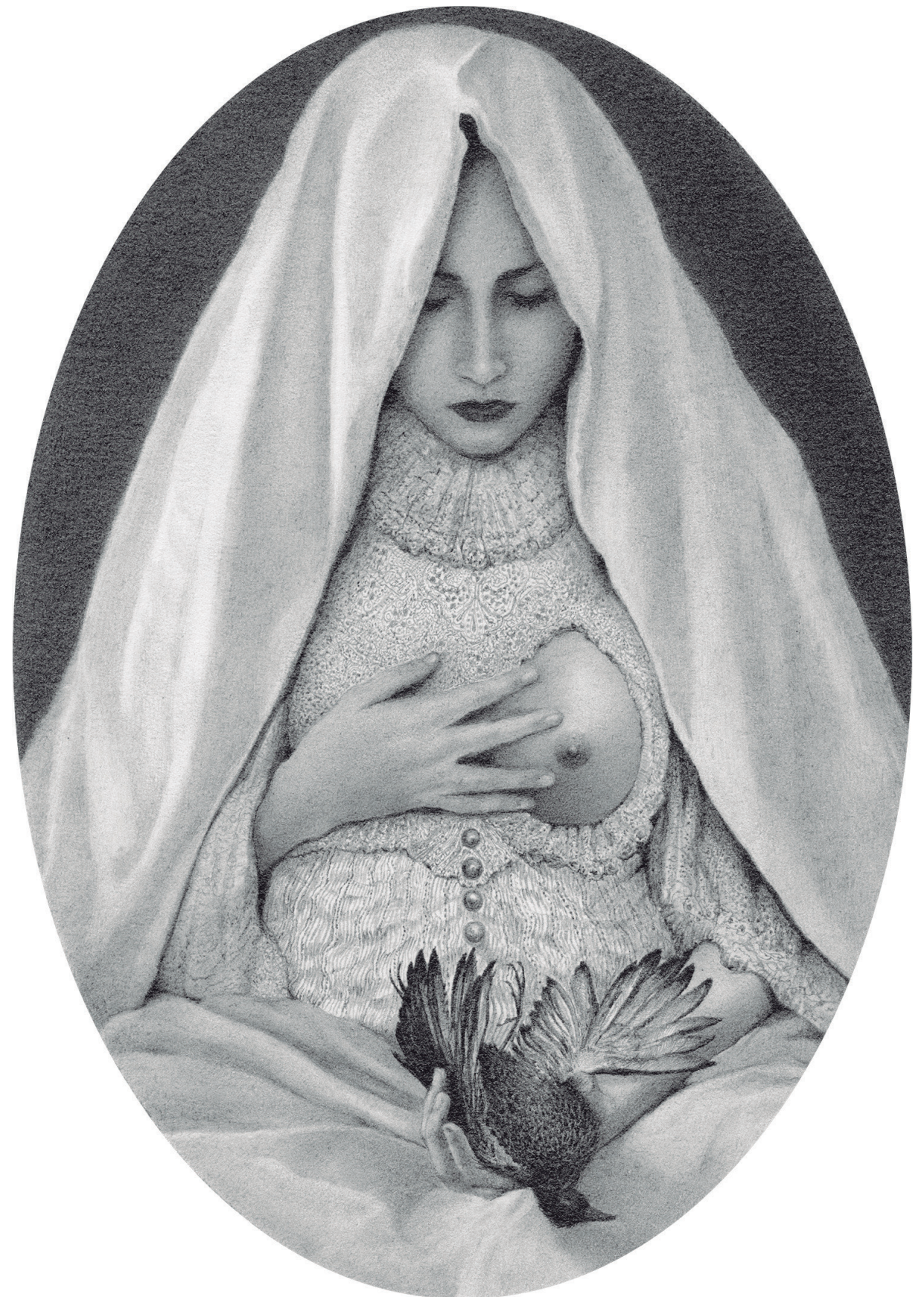
“Era un *gancho ciego*. El ejército se tomó la universidad a fuego y la gente que se logró volar, lo hizo, pero fueron muchos también los detenidos. Yo, que era estudiante de Veterinaria y Zootecnia, estaba en un laboratorio de Ecología en uno de los primeros bloques, y cuando salimos a ver los disparos y a la gente gritando por los pasillos, también vimos a soldados vestidos de caqui, corriendo detrás, ascendiendo para bajar a los que estábamos en los miradores. Nosotros nos escondimos en los laboratorios, pero el Ejército buscó hasta detrás de los archivos. Nos sacaron del laboratorio, igual que a otros, porque allanaron salón por salón”.

Así también lo cuenta Sara López, quien prestaba servicios al Departamento de Sociología de la Facultad de Ciencias Humanas. “Yo era la secretaria supernumeraria. Eso fue a la hora del almuerzo y nos dimos cuenta que había un suceso con los encapuchados. Con la trifulca nos encerramos en las oficinas y llegaron los soldados, tocaron la puerta y debido a que se cayeron los libros de los archivadores donde me escondí, supieron que yo estaba ahí. Los soldados hicieron salir también al Consejo Académico de la Facultad que estaba reunido”.

\*

Frente a la calle Barranquilla y formados en varias filas se sumaron empleados, estudiantes, profesores y todos los que ese día estaban en la ciudad universitaria. Los soldados con cascos blancos marcados con la sigla PM, empezaron a revisar uno a uno y separaron a más de un centenar de personas que al pasar el mediodía fueron enviadas a las instalaciones de la Cuarta Brigada.

Con su voz pausada y melancólica, Óscar habla mientras pasa de una olla a otra un poco de agua de panela para hacer un tinto en su casa, una vivienda humilde ubicada a solo unos minutos de la escuela, a donde nos tuvimos que desplazar porque no había tranquilidad para conversar en medio del revuelo que demanda atender la Rectoría.



Alejandro García Restrepo, La efigie derrotada (lápiz sobre papel, 2013), @alejandrogarcia\_restrepo



Algunas ollas brillantes cuelgan de la pared y otras están en el mesón, donde en un fogón sencillo hierve el líquido prometido. Sentados en una mesa rectangular, rústica, cubierta con un mantel de arabescos rojos, relata cómo se vio inmerso en un lío tan difícil sin ser culpable y, por el cual, otros ocho muchachos más, entre ellos una mujer, todos estudiantes de la U. de A., también fueron implicados.

“Cuando íbamos en el furgón nos llevaban a la Cuarta Brigada y a pesar de los golpes que recibimos durante el viaje, yo estaba un poco tranquilo porque sabía que no había hecho nada malo. Llegamos a un taller donde, había motores de carros desarmados, piezas de los vehículos del Ejército, hierro y aceite. Nos tiraron en el piso del lugar y, de este modo, quedamos impregnados de aceite. Luego nos esposaron, colgándonos del techo. Los pies apenas tocaban el piso. Mientras estábamos guindados, los soldados pasaban pegándonos con tablas y las culatas de sus armas”.

Los ojos aguados le obligan a inclinarse y bajar la cabeza un poco. Óscar contiene el aliento y renuncia para recordar que a eso de las nueve de la noche comprueba que un soldado que se le acerca es un conocido de su casa y, por fortuna, se ofrece a avisarle a la familia. Al día siguiente se apareció con una muda de ropa limpia. “Yo vuelvo a salir al mediodía, eché esa ropa sucia aquí y yo me la llevo”, me dijo.

Más tarde, en ese segundo día, me quitaron esa ropa limpia, e hicieron la prueba del guantelete, proceso que detecta los restos de pólvora o explosivos. Para el Ejército, tanto la ropa como nosotros éramos positivos: supuestamente todos habíamos manejado explosivos, disparado y estábamos impregnados, y quizás por su “pinta” era Óscar el líder, el jefe de todos.

“Poco hablábamos, porque ninguno nos conocíamos y nunca nos enteramos de qué era lo que pasaba”. Tampoco estaban al tanto de la escalada terrorista que en las últimas 24 horas había ocurrido en la ciudad, donde según los periódicos de la época, fueron por lo menos diez los atentados. “Los soldados que nos vigilaban empezaron a decir que en los disturbios de la universidad se había quemado una persona y que había sido un acto vandálico de mucho descaro, porque se trataba de una monja que era lisiada”.

\*

“Ella no tenía ningún problema físico, era muy linda y muy entregada a su vocación, a la gente, porque tenía ese don para ello”, dijo María Altagracia Orrego Suescún, una habitante del barrio Pedregal y vecina de doña Ana, quien vivía en la casa contigua y era la tía de Sor Carmen Cañaveral López, religiosa de la comunidad de las Siervas de la Madre de Dios.

La Monja de 41 años de edad había llegado el sábado anterior a Medellín para cuidar de su tía enferma. Convino con un primo suyo, también sacerdote, para que la acompañara al centro de Medellín a comprar unos zapatos y entregar una encomienda a otra amiga de la comunidad.

Vestida con su hábito negro y largo, que incluía un peto blanco sobre el que prendía una imagen de una custodia que evocaba la hostia consagrada, salió de la casa 68ª105, con la calle 103 C, y se subió a una camioneta Ford amarilla de doble cabina modelo 75 que manejaba Celedonio de Jesús Isaza y en la que también viajaba el primo de la religiosa, Fray Luis Ovidio Cañaveral Velásquez, adscrito a la Congregación de Religiosos Tercerarios Capuchinos encargados de la antigua casa de menores que funcionaba en Machado, Bello.

Una vez realizadas las diligencias y entregada la encomienda en el Hospital San Vicente de Paul, donde prestaba los oficios la compañera de Sor Carmen, se dirigieron, tomando la calle Barranquilla hacia el norte, hacia las 11:00 a.m., pero al pasar frente a la Universidad de Antioquia, el vehículo con sus placas oficiales 0U3510, fue detenido por un grupo de encapuchados que, en medio de gritos y arengas antiimperialistas —según registros de prensa—, dejaron caer sobre el capó del carro el muñeco que imitaba la figura de George Bush y al que habían prendido fuego los participantes en la revuelta.

El cura y el conductor del vehículo lograron salir del carro, pero no la monja, quien permaneció dentro del vehículo, al parecer sofocada por las llamas o, quizá, enredada con su hábito. El fuego envolvió al carro, que no pudo ser apagado por las unidades antichoque del Ejército apostado en el puente Barranquilla con el fin de disolver a los manifestantes armados con *bombas molotov* y piedras, las armas estudiantiles de esa época y usadas en el único disturbio universitario ocurrido en Colombia en el que una monja quedó literalmente prendida.

Fue una cosa atroz, dijo doña Altagracia, quien en tono conciliador asegura que recuerda siempre a la monja como una persona muy querida. A esta voz de vecina agradecida por las atenciones de la Sierva de Madre de Dios, se unieron otras hace 35 años, cuando en grandes titulares se anunció este hecho. “Inútil y estúpido acto de barbarie”, “Extrema crueldad”, “Religiosa pereció inmolada” y testimonios coléricos hicieron parte de las declaraciones de los personajes de la época: el Arzobispo Monseñor Alberto Trujillo, entonces Secretario General del Consejo Episcopal Latinoamericano —CELAM—; de gobernantes como el alcalde de Medellín José Jaime Nicholls Sánchez-Carnerera y del Gobernador Iván Duque Escobar, presentes también en las honras fúnebres realizadas en el sector de Palos Verdes, donde queda la sede de la comunidad religiosa a la que pertenecía la hermana y de quien solo algunos de sus huesos fueron enterrados en Campos de Paz.

“Gente de mucha importancia asistió al entierro. Estuve en la velación, donde llegaron grandes personalidades de la época y mucha gente, porque la monjita tenía mucha familia en Betania, su pueblo natal, y en el Eje cafetero”, resume doña Altagracia, al tiempo que insistía que sí, sí hubo monja y que ella, como vecina, vive para contarle, molesta porque mucha gente ha negado el hecho.

#### En la Cuarta Brigada

La muerte de “Sorprendida”, como empezó a llamarse, ocurrió en un período de la historia universitaria en el que fueron comunes las desapariciones y los asesinatos de líderes, estudiantes y profesores, durante el gobierno del presidente Julio César Turbay Ayala.

La gravedad de los hechos ocasionó el cierre por varios meses de la Universidad de Antioquia y la presión mediática, tanto del Gobierno como de los militares puso en el ojo del huracán a los estudiantes detenidos. La autoría del crimen, atribuida en los corredores a simpatizantes del M-19, fue un tema tratado con incertidumbre, especialmente por el escepticismo sobre la muerte la monja que aún entre los universitarios, se entronizó hasta convertirse en mito.

“El olor a carne quemada hubiera sido muy bruto, ¿no?”, dijo con desparpajo Sara López, mientras evocaba que entonces los tropes en la de Antioquia, eran más con piedra que cualquier cosa y que los revoltosos no usaban armas como ahora.

Era una época donde imperaba el Estatuto de Seguridad y se juzgaba cualquier indicio de compromiso político como intento de sedición. Por eso, cuando Óscar Patiño Jiménez fue involucrado al caso, su madre tuvo dudas que se nutrieron con una solicitud que había realizado su hijo. “La noche antes de mi detención, le pedí a mi madre que me buscara un frasco vacío para hacer un experimento y como no había en mi casa, buscó a una vecina para conseguirlo. Eso sirvió para que mi mamá atara cabos y pensara que la botella era para armar una molotov”.

“Los interrogatorios eran precedidos por golpizas y tablazos en los pies. Esto era en el día, porque no había ninguna diligencia. La noche era más difícil porque nos sacaban en calzoncillos, en un carrito militar pequeño estilo Willis y encapuchados nos llevaban por la Cuarta Brigada de un lugar a otro, hasta unos cuartos, estilo sanitario y cubiertos de icopor, donde un tipo también encapuchado nos torturaba física y psicológicamente. Hablaba en distintos tonos: Óscar Darío, usted es un jefe guerrillero, ya todos sus compañeros lo delataron. Usted es inteligente y no creemos que vaya a pagar esto solo. Como en un juego, se escuchaba tanto de un lado como de otro e insistía en que yo era el líder, que debía dar nombres y lugares de encuentro de la organización y que tenía que decirlo todo o, si no, me quedaría solo pagando por los hechos.

Al cuarto día, a las tres de la mañana me llevaron a una oficina de la Cuarta Brigada para declarar ante un abogado de oficio que, en realidad, era otro militar vestido de civil y una mujer escribiendo que insistía tenía que irse rápido esa noche.

“Yo decía que eso era un montaje, que se necesitaba un pretexto para que la universidad estuviera cerrada cuando llegara Bush y que el movimiento estudiantil dio tiro... No sé nada, no conozco a nadie, primera vez que veo a estos muchachos que están aquí conmigo, ‘¿Sí?, ¿pero ellos lo señalaron a usted?’, respondía el militar. Esa vieja me miraba con esa rabia, porque tenía afán... Cuando dije que no tenía ni alientos para hablar porque tenía hambre y sed, sacaron de una gaveta una naranja y me la dieron. Me mantuve en mi posición, ya era muy de madrugada y, al fin, los papeles con copia gracias a la hoja de carbón salieron de esa máquina de escribir. ‘¡Fírmela!’... Empecé a leer y se desesperaron porque leía lento. Entonces les dije ‘por qué no me trajeron por la mañana, si ustedes sabían que la diligencia se demoraba’. Hice algunas correcciones y al fin firmé”.



Le advirtieron de no contar de lo ocurrido en ese cuarto y además el miedo a sus compañeros ya estaba sembrado. Por influencia de un pariente, Óscar recibió durante su permanencia en la Cuarta Brigada a un militar de rango. “Me llamó como a las 8:00 a.m. un militar muy emperifollado, muy paternal, habló de mi hermana, de un tío y de otros familiares, aconsejándome que colaborara delatando que habían hecho inteligencia y cuando llegamos al Casino me dio pan con café con leche y terminó diciéndome que no fuera bobo, que dijera nombres y saldría. Le dije que tenía que podirme ahí, porque no sabía nada y no conocía a esos muchachos, ni siquiera podía decir si eran estudiantes o no”.

Fueron ocho días a punta de pan, a veces un tarro de sopa y de idas a una letrina acompañado por un soldado. Los estudiantes detenidos no supieron de su familia, porque la Cuarta Brigada no hizo públicos los nombres de estos. En cambio, vinculó con contundencia a los jóvenes por las pruebas de resto de pólvora y “evidencias”, como las que comprometían a Óscar Patiño Jiménez.

\*

Era el 21 de octubre, el día del paro cívico nacional. El periódico El Tiempo reseñó: “El Gobierno reiteró ayer su llamado a los colombianos para que mantengan la paz, durante el anunciado paro cívico nacional de hoy, al tiempo que se reforzó la vigilancia militar en las principales ciudades y se prohibió el tránsito de motocicletas y automóviles de tránsito libre. El presidente Turbay Ayala dijo que el movimiento tiene carácter subversivo, que las instituciones están amenazadas por fuerzas subversivas compuestas por agitadores internacionales, que no luchan por una causa colombiana sino por una ideología política que proscribiera la libertad y busca la dictadura del proletariado”.

“En la mañana nos habían dicho que salíamos, en realidad, fue una bomba que nos metieron. En el Casino nos dieron desayuno, —fue la mejor comida que tuvimos en ese tiempo—, y los soldados que nos habían golpeado empezaron como a disculparse por su ‘trabajo’”.

“Fue grotesco... nos sacaron en pleno paro cívico y a la altura de la carrera 65, cerca de Castilla habían encapuchados tirando papas bombas y piedras. Nosotros íbamos mal vestidos y golpeados, con moretones, acostados en un camión, boca abajo y esposados, amarrados a uno al otro a los tubos de la carrocería. Estábamos casi uno encima del

otro, pero la gente no nos veía. En el sector de Caribe hacia Bello, caí en la cuenta de que íbamos para Bellavista. Eso fue muy duro. Yo nunca había estado en una cárcel ni de visita, tampoco nadie de mi familia”. Óscar pensó en este trayecto que las bombas que le tiraban los protestantes al camión militar de las protestas podrían haber prendido el camión y ocasionar su muerte.

### En Bellavista

A eso de las dos de la tarde, estaban en el cuarto de reseña de la Cárcel Nacional Bellavista. “Un gamín de unos catorce años que llevaba cincuenta y pico entradas a la cárcel, al verme lloroso me dijo: no se preocupe, esto es bacano...a ustedes los pasan para enseguida...”.

Según reseña de la prensa, inicialmente fueron 14 estudiantes detenidos. Con Óscar estaban José Jair Bedoya Castro, León Darío Bohórquez, Argenmiro Manjarrez, Nicolás Fernando Montes, Orlando Jiménez Osorio, Tulio César Quintero, Juan Guillermo Benjumea, ocho que fueron llevados a juicio. Su llegada a Bellavista causó revuelo porque todos querían ver “los de la monja”, incluso el director de la cárcel llegó al momento de la reseña vestido de pantalón azul y camisa blanca, entró con una mirada particular, anunció que quería conocerlos y los hizo filar para darles la categoría que nadie quiere recibir en un penal: “ustedes han sido catalogados de alta peligrosidad”.

El mismo día, en las horas de la tarde, Óscar, además de pasar ante una cámara en primer plano y en todas las direcciones con un letrero distintivo sobre el pecho, volvió a llorar encontrándose con otros ojos: los de alcanfor. Las bolitas de esa sustancia semisólida cristalina y cerosa con un fuerte y penetrante olor acre, aparecieron en el plato recogido del bongo carcelario y formaban vetas violáceas y verdosas en el caldo, en el que nadaban papas mal peladas, plátanos con cáscara.

El menú fue reforzado porque durante su primer día en la cárcel llegó a sus manos una cajita amarillada con una pita que, después de mucho temor, se decidió a abrir. Era una torta enviada por su familia, en la que se leía: feliz cumpleaños. Era el número 21.

\*

En el patio quinto Óscar fue recibido por un montón de gente armada de puñales y alambres que lo tumbaron y cogieron sus tenis con la intención de cobrar un “rescate”. Fue el único susto de ese tipo



Alejandro García Restrepo, Transfiguración (lápiz sobre papel, 2014), @alejandrogarcia\_restrepo



que sufrió, porque con la bulla aparecieron presos vinculados al M-19 que habían estado comprometidos con las armas del Karina y llevaban tiempo en Bellavista. “Qué lástima, llegamos tarde para evitar que los atracaran”, fueron parte de las palabras de bienvenida.

“En el segundo piso, nos tenían comida. Usaban fogones de petróleo de esos provistos con una mecha y una base llena del combustible. Pese al sabor restante que deja el uso del carburante, se tenía una comida mucho mejor que la del bongo”.

Con sus nuevas sandalias de distinto color y tamaño, Óscar rápidamente recorrió el entorno: paredes descascaradas, fealdad, suciedad, olor a orina y una zanja que hacía las veces de letrina que obligaba a agacharse para defecar, el olor a marihuana, a bazuca, gente en calzoncillos, sin camisa, con una pantaloneta, medio vestidos.

Allí recibió a una de sus primeras visitas. Su abuelo Paulino, quien tuvo 11 hijos y que, según su nieto, llegó sin la prestancia que siempre lo caracterizó. Ver a su abuelo de 80 años, todo ajado, desprovisto de corbata y elegancia causó conmoción al detenido, que argumentó que esa vida carcelaria de hacinamiento y malas condiciones (como dormir en el piso sobre cartones), se mejoró gracias a los recursos contribuidos por las familias, a la solidaridad del movimiento estudiantil de las universidades que los visitaban, a sindicalistas y grupos de apoyo político, que además de dinero compartían libros, entre otras cosas.

“Éramos una cofradía porque colectivizábamos lo que nos llevaban, Tulio Quintero, un estudiante de ingeniería que cocinaba muy bien hacía las veces de chef. Mi especialidad era un chocolate con canela y en las tardes hacíamos el algo.

La Cárcel Bellavista me despercudió y engordó, a tal punto de quedarme sin ropa. Porque nosotros cocinábamos, rara vez le dábamos la vuelta al bongo y cuando tocaba porque estaba escaso el mercado, lo que hacíamos era subir con nuestro plato o coca, sacar lo feo del plato. Lavábamos en un tanque, en los baños, todas las papas, jugábamos los plátanos, raspábamos para lograr sacar lo podrido, lo negro para tener lo mejor y reciclar eso, mezclarlo con otras cosas, en una cocina a la que aportaban internos del M-19, de las FARC, del EPL y del ELN. Realmente, nunca comimos directo de ese bongo.

Era raro, porque yo no fumaba pero me llevaban paquetes. Llegué a tener una bolsa con un centenar de cigarros que se volvieron útiles porque cuando bajaba al patio cogía una cajetilla y me la echaba a la camisa para entregarla y hacerme a algunos compinches que me contaban historias. Era también una forma de moverse con alguna soltura, entre las insinuaciones homosexuales, los gritos y ese ambiente tan grotesco; el agua o el sol, que tenían que aguantar los internos cuando los obligaban a estar en el patio”.

En el penal, dijo, los implicados en el caso de la muerte de la monja, eran sin embargo seres privilegiados, considerados y distinguidos por todos como “los estudiantes”.

\*

“En noviembre aún no se sabía nada y tres de los compañeros detenidos por el caso quedaron en libertad. “En la cárcel, donde teníamos un televisor, era una rutina dolorosa y salida de la racionalidad ver al periodista Arturo Abella en el noticiero El Telediario 7 en Punto reiterar el que ‘condenaran a esos asesinos de la monja en Medellín’.

El domingo 15 de noviembre, día de visita, nos sacaron del patio y sin previo aviso, salimos de la cárcel para hacer una reconstrucción del crimen. En la puerta de Barranquilla, abogados, personal del Ejército e incluso algunos de las familias que se enteraron presenciaron la diligencia que demoró 4 horas.

Conmigo hubo pelea porque pretendían que me pusiera el trapo rojo y yo les dije ¿por qué me lo voy a poner? El trapo no me daba para amarrar. Ellos querían que me pusiera la camiseta al revés, que me parara simulando tirar una piedra, tomaban fotos”.

Una virosis hizo a Óscar llegar hasta la enfermería, donde le dijeron que “seguro era producto de la droga que estaba tirando” y le atribuyeron su enojo y rebelión no al afán de evitar que le inyectaran con una jeringa que ya había sido usada con otros compañeros, sino a que “con razón era un revoltoso, era de la universidad”.

Ese estado enfermizo se conjugó en diciembre, época de festejo en la que por tradición llega gente y se aposta al frente de la cárcel, pone música duro y hace bulla para saludar a sus familiares y amigos privados de la libertad. “Es muy azaroso ver eso desde las ventanas. Los guardias cobraban plata y



Daniela Serna Gallego, Matriz. Detalle, 2017, @daniela.sernaa



entraban un coco ron o aguardiente que valía tres veces lo que costaba afuera. Hacíamos colecta para el ron o para la marihuana. Yo aporté, pero se veía muy mal que no tirara vicio o consumiera licor, porque en realidad no acostumbro. ‘Usted es muy *zanahorio*, me decían los compañeros’.

Había que colaborarles y también a los presos comunes que pidieron los restos de desodorante Lander en barra para rasparlos, mezclarlos con gaseosas y poner a fermentar en una olla tapada y con un adobe encima. Todo para despedir a 1982 e iniciar el nuevo año, que a muchos los sorprendió en la enfermería tras el consumo del *chambelán*”.

El 14 de enero el caso de “Sorprendida” fue reiniciado. Una corte marcial presidida por el General Alirio Panesso Chica reunió en las instalaciones de la Cuarta Brigada a los ocho estudiantes de la Universidad de Antioquia. Una foto en la prensa local registra a una fila integrada por los muchachos y a Teresita, una estudiante que estuvo sindicada y recluida en la Cárcel del Buen Pastor y quien, paradójicamente, se presentaba a las audiencias acompañada de una de las monjas que cuidaba el reclusorio. En la mitad, con los brazos y las piernas cruzadas se destaca por su altura a Óscar, el único también que usa ropa formal, incluyendo una chaqueta que tiene sobre sus piernas. Impasible, se contrasta con otros dos estudiantes que se tapan el rostro con sus manos.

Esa escena y la amenaza de que las penas podrían alcanzar hasta 24 años de cárcel se registraron durante un mes. “Tres personas fuimos los señalados como los más responsables. Pensábamos que íbamos a hacer 28 años en la cárcel. Lo más seguro en otros penales o hasta en la Gorgona, la cárcel de mayor seguridad que después cerró Belisario Betancur. El temor les hizo plantear el suicidio como salida, la fuga, hacerse matar.

Todos los días teníamos que estar muy temprano en el rastrillo o puerta del patio, bañados, porque llegaban los militares por nosotros. Nos volvimos interesantes en Bellavista porque los presos veían lo que significaba nuestra salida diaria: guardia armada para sacarnos, dispositivos de seguridad y nos metían amarrados en un camión que variaba de ruta, argumentando que éramos todos del mismo grupo guerrillero y que lo más seguro era que afuera estaban pendientes de nosotros para rescatarnos. Era bueno salir aun así, tirados en

ese camión y contar con la posibilidad de ver otros paisajes y porque en las horas de almuerzo nos llevaban al Casino del Militar, donde comíamos de lo mismo que comían los soldados”.

Por primera vez, Óscar sonrío, me mira con ojos brillantes para contarme que en ese casino vendían a 20 centavos unos panes “muy buenos y cebadores”, con los cuales los estudiantes empezaron a hacer negocio. “Llevábamos plata y en la hora del almuerzo comprábamos. En las audiencias de la tarde, estábamos sentados ahí y al lado la bolsada de panes, que luego vendíamos en la cárcel ¡Nosotros esperando 24 años de cárcel y vendiendo panes!”.

Así fue hasta el 12 de febrero cuando se dio inicio a la lectura de la sentencia de la Corte Marcial, en la que Óscar luce más delgado, vestido de pantalón claro y una camisa de puños, abierta hasta el tercer botón. Escuchó que algunos no volverían al Consejo de Guerra, sino que serían puestos en manos de la justicia ordinaria y que a otros se les aplicaría la pena máxima de 24 años de cárcel por infringir el artículo 5° del decreto 1923 de 1978. Esta sentencia, como se ratificó al día siguiente, se dictó para los estudiantes Juan Guillermo Benjumea, quien estaba matriculado en Comunicación Social y era el más veterano de los implicados; así como a Nicolás Fernando Montes Zuluaga, estudiante de Medicina.

El resto del grupo quedó en manos de la justicia ordinaria en cabeza de la Segunda Estación de Policía y culpado de violar el Estatuto de Seguridad al alterar el orden público, por lo cual fueron asignadas penas entre uno y ochenta 80 días.

“Creo que fue un martes cuando gritaron ‘Ese Partío, se alista para salir en el tren de las 3 o de las 5’, me entregaron la notificación de que esa tarde salía. Yo no tenía nada para alistar, lo único era que había comprado una grabadora robada allá mismo y que me servía para escuchar casetes. Se la dejé a un compañero que la necesitaba. Así me quedé en la calle de buenas a primeras, porque como yo, nadie sabía que iba a salir. Eran las tres y treinta de la tarde cuando salí a esa calle del barrio La Gabriela, en Machado. Las rejas se cerraron detrás de mí.”

Óscar, acostumbrado a andar empezó a hacerlo y desde una tienda que encontró en el camino llamó a su casa. La emoción de ese momento vuelve con

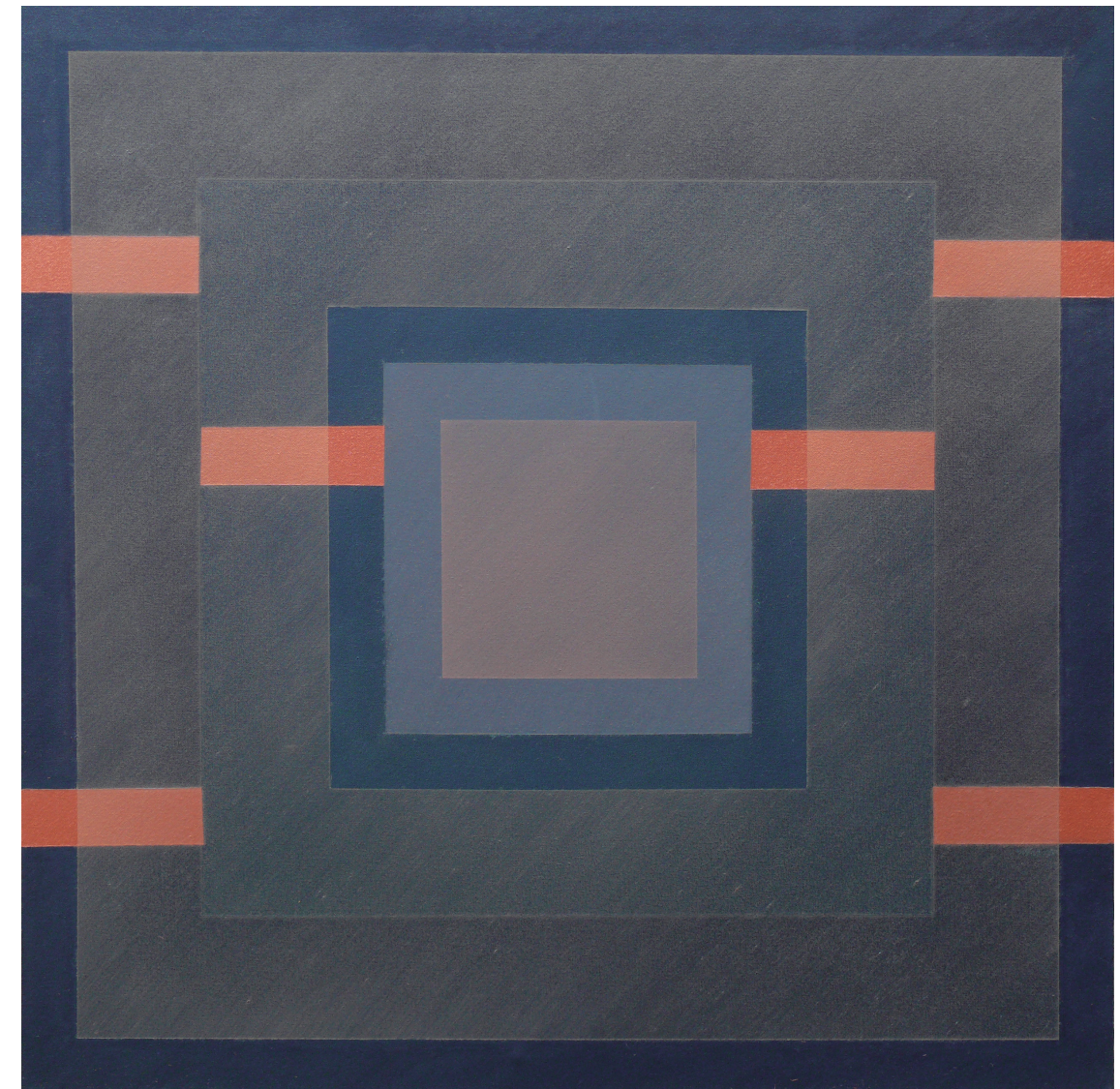
el llanto para contar la alegría de su familia y de muchos conocidos del barrio El Rosario de Bello, donde residía.

Volvió a Bellavista, esta vez para visitar a los compañeros que habían quedado presos. “No se sabía que era más duro si cuando entramos inicialmente o después de estar siete meses ahí, añorando salir, tener que volver a visitar los muchachos”.

Ellos quedaron en libertad en diciembre de 1982 gracias al indulto que promovió el Presidente Belisario Betancur Cuartas y que fue sancionada como Ley 35 de 1982, otorgando el perdón y olvido, automática e incondicionalmente a todos los alzados en armas y la cesación de todo procedimiento judicial con la consecuente libertad inmediata para todos los presos políticos.

“Fue una experiencia de vivir para contarlo, como decía Gabriel García Márquez. Es muy duro, más cuando uno sabe que no tiene velas en el entierro”. Es una historia inscrita que hizo parte del más sonado de los 52 consejos de guerra realizados en la Cuarta Brigada en 1981, discutida por abogados, polémica y como el alcanfor, irritante para la memoria universitaria.

Esta crónica se realizó como un ejercicio de escritura durante el Diplomado en Periodismo Literario, promovido por la Facultad de Comunicaciones y Filología UdeA en 2015. ■







Fredy Alzate, Remanentes, 2019, Acero inoxidable, resina, fibra de vidrio, pigmentos, hierro. 600 x 250 x 300 cm, Parque Arví, corregimiento de Santa Elena, Medellín, @fredyalzategomez (sitio web: [www.fredyalzate.com](http://www.fredyalzate.com)). Fotografía por: Rodrigo Díaz

Fredy Alzate, Arco de Mareá, Intervención Baluarte de Santa Catalina, Cartagena, 2019, Beca de creación, Ministerio de Cultura, Colombia, @fredyalzategomez (sitio web: [www.fredyalzate.com](http://www.fredyalzate.com)). Fotografía por: Pablo Gómez